



Los habitantes primitivos de España

por Magister

I

Introducción

Las naciones que más han progresado por la senda de la civilización y que por consiguiente más distantes se hallan de su punto de partida, son las que mayor interés sienten en ver desvanecido el trascendental misterio que envuelve su cuna, y más se afanan para exclarecer la historia maravillosa de su constante evolución.

Al civilizarse el hombre y al darse cuenta de su existencia en el mundo, surge ante su razón, cual si fuera por espontáneo impulso, el problema de su origen mismo, y penetrando entonces la inteligencia en el tradicional pasado, procura comprender la realidad de los hechos que se divisan en el lejano horizonte de nuestra historia, deformados por la densa niebla de la poesía y del mito.

Los pueblos, en general, poseen, cuando menos, tradiciones de lo que juzgan su primitiva existencia, y apenas podrá citarse tribu de sal-

vajes que no acierte á narrar historias más ó menos grotescas para explicar cómo se inició su vida sobre la tierra y hacer ver quienes eran sus remotos antepasados.

Desde estas incongruentes tradiciones, mitologías, leyendas, sagas ó extravagancias, hasta el cúmulo de datos comprobables y depuradas deducciones que exige la moderna ciencia de la historia, existe un abismo que intentan salvar quienes se proponen recorrer tranquilamente y sin timidez tan escabroso cuento desconocido terreno.

Contentábase el historiador, no ha muchos años, con lo que acerca de nuestra primitiva historia hallaba escrito en los libros que por luengos siglos fueron el único patrimonio científico del mundo occidental, y sólo alguno que otro comentario, deducido tal vez de los textos mismos que servían de base á sus apreciaciones, era lo que por lo común se permitía añadir á dichas tradiciones y noticias, que radicaban en hechos, sin duda alguna, pero en hechos frecuentemente desvanecidos en la memoria humana y metamorfizados una y otra vez en el caleidóscopo de nuestra imaginación.

Para investigar debidamente los orígenes de nuestra especie, se requiere hoy tal cúmulo de conocimientos, que raya casi en lo imposible poder abarcálos todos, y temeraria empresa sería tratar de recorrer, fugazmente siquiera, el vasto campo científico que se desarrolla ante nuestra vista.

Los libros de las naciones de Occidente no son ya los únicos que han de ayudarnos en el esclarecimiento de la antigua historia de la humanidad.

El Oriente, antes región de ensueños, de fábulas y de hadas, como dice Max Muller, ha llegado á convertirse en tangible realidad, y descorrido el espeso cortinaje que de ese químérico escenario nos separaba, allí aparece el venerable hogar de la mayor parte de los pueblos europeos, con su definido contorno y con sus vívidos colores.

Así, pues, á la extraña literatura de aquellos antiguos pueblos tienen que recurrir quienes aspiren á conocer cuánto, escrito por los hombres, puede relacionarse con la alborada de nuestra actual civilización; debiendo agregar los libros de la India y de la Persia, y aún los de otras naciones orientales, á la larga lista que hasta hace poco consultaba el historiador, deseoso de contemplar y describir las causas productoras de nuestro inmenso desarrollo.

Esos jeroglíficos que cubren las soberbias reliquias del vetusto Egipto

y que, á juzgar por recientes progresos en el arte de su interpretación, tal vez lleguen á leerse como en tiempo de los Faraones; esos nobles restos que diariamente se descubren de las venerandas ciudades descriptas en la Biblia, muestras gloriosas sepultadas bajo la planta de más modernas y menos cultas naciones de aquellos antiguos imperios, cuya grandeza jamás imaginamos que pudiera quedar patente á nuestros ojos; esas esculturas, esos relieves que atestiguan los ritos, las artes, las costumbres y el grado de civilización de aquellos pueblos; esas inscripciones en bronces, en piedras y en barro descifradas hoy, gracias al asiduo trabajo y al acumulado ingenio de tanto sabio orientalista ó egiptólogo..... son documentos preciosos archivados por la mano de la naturaleza—menos destructora á veces que la del hombre—indispensables de conocer y consultar para formarnos cabal idea de los antecedentes de nuestra especie.

El profundo análisis de las lenguas que hablan hoy y hablaron en otro tiempo los diversos pueblos que ahora ocupan ó antes poblaron la tierra, ha llegado á ser también eficacísimo medio para conocer las afinidades existentes entre las distintas razas de humanos seres; para averiguar su común historia, para trazar su común origen y descubrir entre gentes separadas por enormes distancias más estrechos vínculos de parentesco que los que existen quizás entre habitantes de provincias limítrofes.

El detenido estudio del cuerpo humano mismo, y la observación concienzuda de las peculiaridades residentes en los organismos de los que formamos actualmente las varias agrupaciones de hombres, son igualmente indispensables para dilucidar nuestro origen y comprender las leyes de nuestra constante mudanza.

La atenta contemplación de esas colosales y toscas demostraciones de la intervención de la mano del hombre, de esas construcciones megalíticas de cuyo origen nada nos dice la historia, ante cuya vista enmudece el arqueólogo, que nos hemos contentado con llamar sencillamente piedras druídicas ó monumentos celtas, y que se denominan hoy dólmenes y túmulos, y transitoriamente es de esperar, cromlechs, crannoges, pfahlbaun, kiokenmodings ó terramares, obras que construyeron ó materias que acumularon nuestros antepasados—altares, sepulcros, fortalezas, habitaciones ó muladares, cuya magnitud extraordinaria nos hizo á veces pensar en razas de titanes, en ciclopes y gigantes—silenciosos testimonios de la vida de los antiguos pobladores del mundo,

diseminados por todas partes y ostentados en España con más exuberancia quizás que en otra región alguna; la observación inteligente de esas hachas y de esos útiles de piedra, que hasta hace pocos años se conocían en ambos hemisferios con el caprichoso nombre de piedras de rayo y que patentizan, no obstante, con su diverso tamaño y forma el arte rudimentario y la infantil industria de sus antiguos dueños; el examen minucioso de esos instrumentos, adornos y amuletos usados, apreciados, venerados acaso por los que nos han precedido, y recogidos hoy en los campos que surcan nuestros arados ó en los antros que habitaron nuestros abuelos cuando aún no habían aprendido el arte de labrarse sus propias mansiones; esa ciencia, en resumen, fundada sobre tan sólidas bases por Boucher de Perthes sobre los deleznables depósitos diluviales de Moulin - Quignon, es indispensable — quizás más indispensable que otra alguna, pues hasta cierto punto las resume todas — para dar á conocer las verdaderas maravillas de nuestra historia y patentizar esa sorprendente aptitud proteica de nuestra especie que, multiplicada por el tiempo, culmina en nuestro pacto social.

Por otra parte, el perfecto conocimiento de las ceremonias, de los ritos, de las preocupaciones y de las costumbres todas de los pueblos actuales, especialmente de los que viven en lugares donde nuestra civilización aún no ha penetrado, sirve poderosamente, en unión de otros datos, para deducir lo pasado; pues la claridad perfecta de lo que ahora son los hombres, es firmísimo sostén para establecer lo que pudieran haber sido los hombres que nos antecedieron.

Y además es necesario recordar que en los estrechos que envuelven la tierra suelen hallarse vestigios de la industria, de las luchas, de los extraños usos de nuestros semejantes y aún sus propios restos fósiles.

En el terreno cuaternario, bajo potentes capas de acarreo; en los techos de antiguos ríos, bajo la lava de extinguidos volcanes, y aún acaso en el terreno terciario mismo, se hallan evidentes pruebas de la existencia de los seres cuyo inmenso trabajo hizo más amena para sus sucesores la madre tierra que habitamos.

Debajo de la gruesa stalacmita de las cavernas que los siglos lentamente acrecieron con el visible carbonato de cal disuelto en las gotas de agua que se desprendían de aquellos techos, se ven sus huesos, sus armas, sus utensilios, los restos de sus festines, y aún las manifestacio-

nes de su estética en unión de los destrozados esqueletos de animales desaparecidos ya del mundo.

Allí, en aquellos periodos inmensamente apartados de la época presente, cuando vivían en nuestra cultivada Europa el oso y la hiena de las cavernas, el rinoceronte tichorinus y el colosal mammuth, debemos imaginarnos á nuestros remotos antepasados luchando en incesante contienda, con escasas fuerzas y con exiguos medios contra aquellas y otras potentes fieras que, disputándoles el predominio en la tierra, vivían á la sazón en su inmediata proximidad, pero que sucumbieron al fin merced á la energía é inteligencia que aquellos humanos seres poseían y supieron desplegar para salvar su existencia y el porvenir de su raza.

Debemos tratar de reconocer en aquella época misteriosa los elementos generadores de nuestra actual civilización, buscando los ocultos eslabones de la inmensa cadena que, sin solución de continuidad, constituye lo pasado y lo presente.

Quienes traten, pues, de exclarecer sucesos acaecidos en la niñez de la humanidad y en la oscura noche del inmemorial pasado, dedicándose á esa moderna ciencia llamada Prehistoria, para interpretar los enigmas que brindan á la inteligencia esas piedras y esos huesos—las más fehacientes crónicas que de aquellos periodos nos restan—necesitan, después de pedir auxilio á las bibliotecas del mundo entero para recoger destellos de luz siquiera, que mitiguen la densa obscuridad que los rodea, apelar á las hermanas ciencias, la lingüística, la arqueología, la etnografía, y sobre todo á la geología, si desean que la verdad sea el término feliz de sus trascendentales exploraciones.

Nuestros conocimientos no son los necesarios ni aún para dar idea adecuada de los datos acumulados recientemente por estas distintas ciencias para dilucidar tan interesante asunto, y sólo presentaremos algunos breves apuntes referentes á la materia que, sin pretender que sirvan de solución á problema alguno, acaso tengan interés para quienes deseen conocer cuanto pueda relacionarse con la historia de los primitivos habitantes de este país.

II

La raza aria y los aborígenes de Europa

Por sus caracteres físicos dedujo Blumenbach que debían considerarse todos los habitantes de Europa como individuos de una sola raza, que dominó Caucásica, por creer que las montañas del Cáucaso eran su verdadero centro de irradiación.

Adelung, más adelante, y Guillermo Humboldt, Bopp, Schleicher y otros etnógrafos alemanes, fundándose especialmente en datos lingüísticos, asentaron que la patria común de los europeos debía transportarse más aún hacia el Oriente.

Demostraron que, unidos á persas y á indios, constituíamos una gran raza, que denominaron indo-germánica—denominación después rechazada por razón de que no sólo los pueblos que forman la Alemania, sino muchos otros, además, debían incluirse en tan importante agrupación.

Sustituyóse, pues, con el menos exclusivo nombre de raza indo-europea ó de raza Irania ó Aria—de Iran ó Aria, como el reino de Persia se apellidaba cuando sus límites se extendían más hacia Oriente, incorporándose con el Afganistan y el Belouchistan, en cuyo ámbito se hallaba el Aryavarta ó la tierra santa de los braînes.

Nadie duda hoy que del Asia procede la mayoría de los pueblos de Europa, y que su cuna se encuentra en la región actualmente constituida por la Persia y parte del Indostán; pero cuándo y cómo se verificó desde aquel centro la emigración á Occidente, cuestión es que aún se halla envuelta en la oscuridad.

Parece comprobado, sin embargo, que los que, abandonando su primitivo hogar, vinieron á establecerse en Grecia y en Italia, y que tan prodigiosamente impulsaron nuestra civilización, emprendieron su marcha al Helesponto por el Asia menor, al sur del mar Caspio y del

mar Negro, y que los que más adelante fueron conocidos con los nombres de celtas, germanos y eslavos siguieron su camino á Europa, corriendose al norte de estos mismos mares.

Parece probable que fueran sucesivas estas emigraciones, como igualmente lo es que los griegos y romanos precedieran á los diversos pueblos que, bajo distintos nombres, se dispersaron más adelante por Europa.

Y, por último, también es probable transcurrieran luengos siglos entre los primeros y últimos éxodos de aquella patria común, de donde han emanado, al evolucionarse en adecuado medio, las más potentes naciones del mundo.

* Aunque se admite, sin embargo, que la generalidad de los pueblos europeos pruebe por la tradición, por la historia y por otros testimonios aún más concluyentes, su íntima conexión con este gran tronco cuyas ramas se extendieron tan vigorosas hacia el ocaso, no se deduce de ello la no preexistencia en nuestro continente de otra ú otras varias razas de hombres cuyo inmediato origen fuese distinto.

Corroboran esta presunción las tradiciones allegadas por griegos y romanos, que revelan la existencia de autóctonos ó aborígenes en los países que vinieron á habitar.

Llenas se hallan sus leyendas mitológicas de incidentes que parecen referirse á luchas encarnizadas habidas con los pobladores de las regiones que conquistaron, y los hechos de sus dioses y semidioses, y las hiperbólicas hazañas de sus héroes contra titanes y gigantes, acaso sean reminiscencias de las sangrientas guerras sostenidas contra las gentes que desde remotos tiempos habitaban la Europa, y á quienes al fin llegaron á dominar ó á extinguir en las regiones que ocuparon.

Por causas análogas, tal vez en la Italia mitológica aparecen establecidos en Sicilia los cíclopes—probablemente los naturales de aquella isla—y á quienes se atribuyeron las grandes construcciones llamadas ciclópeas, que en diversas partes de nuestro continente excitan el asombro ó la curiosidad del hombre observador.

Vemos, pues, que la tradición parece indicar la existencia de humanos seres en Europa antes de ser ocupada por los invasores de Oriente; hecho confirmado por los antiguos historiadores, quienes consideraron como autóctonos, no sólo á los pelasgos, que ocupaban

aparentemente una gran extensión de Europa, sino también, entre otras gentes, á los sicanos, que habitaban el sur de Italia, y á los liguros, que poblaban las vertientes del noroeste de los Apeninos y el actual Piamonte, suponiéndolos descendientes de ó relacionados con los iberos, reconocidos constantemente como aborígenes de la Península ibérica.

(Se continuará)



MARINOS BASCONGADOS**MARTÍN PÉREZ DE OLAZÁBAL**

Marino meritísimo, en constante servicio de la patria en las armadas y flotas de Indias durante el último tercio del siglo XVI.

Por el año de 1586, tres marinos bascongados, uno tras otro, fueron destinados á las Azores con seis galeones á reforzar la conserva de las flotas, recibirlas y escoltarlas sin peligro á España.

El primero fué el célebre Juan Martínez de Recalde, de la orden de Santiago, y por almirante Pedro de Vargas Machuca.

Después Martín Pérez de Olazabal y luego D. Francisco de Eraso.

Por Junio de dicho año se dispuso que en vez de los seis, se compusiera esta armada de nueve galeones y tres fragatas, y que el coste de ella se repartiese por avería en el oro y plata que condujeren las flotas.

En 1585 se aprestó en Sanlúcar de Barrameda la armada y flota para Nueva España á cargo del general D. Juan de Guzmán, y por almirante de la flota Martín Pérez de Olazabal.

Salió el convoy el 16 de Abril, y al llegar á Nueva España halló alborotada toda la costa por las fechorías del pirata Francisco Drake.

Alarmado el virrey, marqués de Villamanrique, por las noticias que le comunicaban de que la ciudad de Santo Domingo hubiera caído en poder del pirata, dispuso que con toda diligencia se diesen aviso de

prevención á todas las ciudades y puertos de la costa, desde Panuco hasta Yucatán, Guatemala y Honduras, para que no fuesen sorprendidos y se aprestasen á rechazar las agresiones del pirata.

Con tal motivo dispuso que 352 soldados que tenía preparados para marchar á Filipinas, con más los que entonces levantó de nuevo, con dos capitanes y otros oficiales pertrechados de bastimentos y municiones, partiesen al puerto de San Juan de Ulúa al mando de D. Diego de Velasco, para que, llegados que fueran, dispusiera de la gente necesaria para la defensa de la plaza y el resto los hiciera embarcar en la almiranta de la flota del cargo de Martín Pérez de Olazabal, para que socorriendo la ciudad de la Habana y enterado de las novedades que ocurrieran, volviera Olazabal á dar cuenta, con el fin de tomar cuantas precauciones fueran necesarias.

Por cabo y comisario general de esta gente, nombró el virrey al alcaide de la fortaleza de la Habana, Diego Fernández de Quiñones, con instrucciones concretas y precisas de todo lo que debía obrar.

Tan pronto como recibida, disponíase Olazabal á cumplir la orden del virrey; pero el general de la armada, D. Juan de Guzmán, con el pretexto de no distraer fuerza alguna en momentos en que el enemigo amenazaba aquellos mares y los cruzaba en todas direcciones acechando la ocasión de hacer presa en la flota que se estaba aprestando, aunque la causa real y verdadera obedecía, según quejas del propio virrey en carta á S. M., de 23 de Marzo, á fines menos nobles y legítimos para el servicio del Rey, aunque más lucrativos y convenientes á los propios fines del general, dispuso que no saliera del puerto la almiranta, señalando en su lugar, para conducir estos socorros, una nao vieja y estropiada, propiedad de Juan de Veneditua, tan mal parada, que ningún mercader se había atrevido á usarla para embarcar sus caudales y mercaderías á España.

Avisado el virrey de esta novedad por el propio Olazabal, dispuso que la Real Audiencia de México despachara una provisión obligando al desobediente general á prestar aquel servicio que tanto importaba y que no llegó á cumplirse, pues en 11 de Julio le dirigió D. Juan de Guzmán una carta participando que no se hallaba dispuesto á consentir el contrabando que hacía el propio virrey en las naves de S. M. y que se partía con la armada para España, acusándose general y virrey de las mismas faltas.

Las razones que, al decir del marqués de Villamanrique, le movie-

ron á enviar estos socorros con el almirante Olazabal, fueron porque este marino tenía ya muy bien adquirida fama de hombre práctico en las cosas de la mar, buen soldado dispuesto á sacrificarse en servicio de S. M. y muy perito en la navegación de los mares antillanos, y que su nave, á mayor abundamiento, reunía más que otras de la armada, muy excelentes condiciones; todas las que se requerían para prestar con la urgencia que el caso demandaba, aquel importante servicio, observando si estaban limpios de enemigos aquellos mares para decidirse á enviar, sin peligro de que cayeran en manos de los piratas, los caudales que había de conducir la flota.

Al siguiente año de 1587, volvió Perez de Olazabal por almirante de la armada de Nueva España, del cargo del general D. Diego de Alcega, y por muerte de éste rigió dicha armada en el viaje de regreso, y por Almirante D. Diego de Sotomayor.

En 1588 partió de nuevo para Nueva España gobernando la flota, y al entrar en San Juan de Ulua se perdió en la boca del puerto la almiranta, pereciendo 170 personas.

Con el mismo cargo prestó Olazabal excelentes servicios hasta el año 1592.

Siendo veedor de la real armada, en unión del tesorero Diego de la Rivera, dió Olazabal un memorial al Rey sobre la perpetuidad de la armada de la guarda de la carrera de Indias, gálibos y demás circunstancias convenientes en los navíos que se construyesen para ella; su tripulación y artillería y partes donde había de navegar.

FRANCISCO SERRATO.



EUSKERAZKO KONTUAK

Villafranca-ko euskal festetan aldeera-kin saritua

I

Paris-en arbendea edo *exposiziua* zan.

Donostiar umore oneko emakume ta gizasema adiskide pillat bat joan zan ango festetara, eta egun on batzubek igaro ondorean, echera etortzerakuan pentsatu zuten, onuntzian denak elkarrekin *treneko coche* batian sartzea.

Pentzatu bezela egin zuten.

Bakar bakarrik arkitu zan beren artian, gizon errespetagarri,izar luzedun bat, bere begi aurreko ta guzi.

Donostiarak sartzerakuan esan ziyoten jaun arri fratzezez:

—Bon jour, monsieur.

—Bon jour, ezantzun ziyoten jaun arrek.

Eseri ziran denak algara ta umore onian. ¡Donostiarak izan!

Ango itz jostallu ta kontu pocholuak. Bide guziyan zetozen kontu kontari.

¡Bañan, mingaña beti mingaiñ!

Ari ziran mašiatzen eta chuliatzen alzuten guziya, eta batek diyo:

—Adi zazute: gure onduan dagon au, ingeles-en bat izango da, eta z dezan jakin zer esaten degun, onena izango degu euskeraz itz egitia.

—¡Bai, bai! diyote denak, ala guchiyago igarriko da zergatik far egi-ten degun.

Orduan ziran chulioak.

Batek ziyon:izar gorri onek betekara arrapatzian Esnaolak baño mokollo obiak egingo ditu. Bestiak berriz; orren bizarrakin iñipu ederrak egin litzke. Urrengoa: onen zugurrak bola tokiko brilla di-ruri.

Zeñek baño zenek gogorrako ekin zuten jaun arren kontura; algara ta farra besterik etzan aitzen.

Jaun gizarajo ark, noizik beiñ bere begi aurrekuak zugur gañetik atera ta, pañueluakiñ igortzirik ostera bere gangar aundiyan ipintzen zituben.

Noizbait ere plakiyak tentatu zituben eta mokaru bat artzia pentsatu zuten.

¡Bazan anchen zer jana! Paper tartetik irten ziran egazti, aragi, ta gauza éder naikua.

Ontan diyo, egijetako *Joše-Mari-tar* batek. Ez da ondo gu jaten asi ta jaun oni ez eskeñitzia.

Arrazoya zala ikusirik, alderatu zan bat eskuan puska bat artu ta, esan ziyon:

—Monsieur: si vous voulez.....

—¡ESKARRIKASKO!!

.....!

Ez da sutunparik izan jendia ikaratzeko, non arren abotik irten zan itz uste gabeko ura. ¡Al izan bazuten, denak leyatillatik itzul egingo zuten!

Jaun arrek ikusirik ezkur egiñaz zebiltzala, ta musu koloriak zuritu zirala, diyo:

—Ez ikaratu jaunak; aditu ditut neregatik esan dituzuten *lore politak*..... ¿Zubek betetzian, mokolluen tokiyan tipulak arrapatzzen al dituzute?.... Bañan, ez ikaratu. Ez naiz batere azarretu zuben esanagatik, baizik sekulan pasa ditutan lan ordurik gozuenak, emen zubekin pasa ditut.

Zubek uste zenuten, nik begi aurrekuak ateratzen nitubela garbitze-ko, bañan ez, kentzen nituben nere farragarrizko malko gozuak igortzi-zeko.

Egondu naiz lertu edo ez lertu, eziñ farra eutzirik.

Euskalduna naiz; Vera-ko semea.

Ogei urte egin ditut Inglaterran, eta orain netorren, nere euskal-erriko kabi maitagarrira.

Ainbeste urtean ez det itzik egin euskeraz, ta zubek entzun zaituztenian ain gošo, nere biotza pill, pill, neukarren.

Itz abek aitu zitzatenian lasaitu ziran denak, ta bostekuak alkarri emanik poztazunez beterik, lenengo erri aundiko estaziyo-an jechi ziran eta baxkalduzuten danak alkarrekin, anai onak bezela.

Bañan.... zer ederki esana dagon:

¡Uste ez dan tokitik
irtetzen dala erbiya!



NUESTROS TERCIOS EN ÁFRICA

I

Hasta el día 28 de Febrero de 1860 no llegaron los tercios bascongados al campamento situado en Tetuán.

Vamos ahora á ocuparnos brevemente de su organización.

Al declararse la guerra de África, entusiasmado el país, todas las provincias de España se ofrecieron al gobierno en alas del patriotismo, y las tres provincias bascongadas que, según los fueros, debían ayudar á *su señor* en caso de guerra, participando de este entusiasmo, ofrecieron cuatro millones de reales y la formación de cuatro tercios de 700 hombres cada uno, equipados, armados y mantenidos por ellas.

Este acuerdo fué tomado por las Juntas forales de dichas provincias, pretendiendo algunos que según fuero debían haberse reunido los cabezas de familia so el árbol de Guernica, y hasta se supone que esto llegó á entorpecer el alistamiento.

A pesar de todo, ya el digno general Latorre, que fué encargado de su organización y mando, había alcanzado que el general Marchessi, que lo era en jefe del quinto ejército, revistase el día 20 de Enero al segundo tercio guipuzcoano, y el día 25 al tercero, bizcaíno, habiéndolos encontrado en un estado de organización perfecta y disciplinados como veteranos, como lo expresó en sus alocuciones.

El tercio guipuzcoano llegó á Santander el día 28, y el primero,

alabés, y el tercero y el cuarto, bizcaíno y guipuzcoano, que salieron el 17 de Bilbao, se embarcaron en San Sebastián, donde estuvieron dos semanas esperando los vapores que debían conducirlos, y detenidos además por los horrorosos temporales que llenaron de desolación la costa de Cantabria.

Cuando se creyó que aquellos iban á ceder, y á pesar de que los prácticos se negaban á darse á la mar, salieron de Pasajes.

Los buques eran de poco porte y llevaban por una equivocación deplorable un cargamento que debieron haber descargado en Ceuta antes de ir á buscar los tercios.

Apenas pasaron de la boca del puerto, se desencadenó con más fuerza el vendaval, acompañado de grandes aguaceros y de furioso oleaje.

Fueron empujados así hasta la barra de Bayona, que tan triste celebridad tiene entre la gente de mar.

Entonces, por uno de esos impulsos de los que se ven en trance tan apurado, se dió la omnímoda dirección al práctico de Pasajes.

Esta fué la gran fortuna de la expedición

Entre tanto, los 1.800 voluntarios que iban sobre cubierta, sufrían tan duro aprendizaje, no con resignación, sino con alegría.

El dignísimo general Latorre prorrumpió en lágrimas de admiración y de piedad al contemplar aquel heróico sufrimiento, próximos á un fin funesto.

Pero al fin, después de tantos padecimientos y peligros, lograron desembarcar en Cádiz, desde donde pasaron á la isla de San Fernando para completar su instrucción.

II

En uno de aquellos días, el 14 de Febrero, fueron á la isla con objeto de saludar á los tercios, una porción de bascongados notables, entre ellos el diputado Sr. Uhagón, el coronel de artillería Sr. Murieta, Don José María de Ibarra, D. Julián de Alaba, Basagoiti, Guerrico, Marron, Fernández Aldecoa y otros.

Los tres tercios que allí estaban, formaron por disposición de su digno general, quedando aquellos señores sorprendidos al ver el aire militar,

desenvoltura y manejo del fusil en unos hombres que no llevaban más que dos días de haberlos recibido.

El Sr. Ibarra dijo al general Latorre:

— «Si la suerte quiere que tengan ustedes la gloria de combatir en África, yo ofrezco para todos los que sufran la desgracia del fuego ó acero enemigo, un hospital en Sevilla, donde sean asistidos á mi costa y con tanto esmero y caridad que no sientan la ausencia de su patria: yo procuraré todo el alivio posible á sus penalidades.»

Tan patriótica oferta fué aceptada por el general á nombre de las Diputaciones bascongadas, y en la orden general del día 20 á los tercios, se insertaba una carta de dicho Sr. Ibarra, en que hacía su oferta por escrito.

Hé aquí dicha carta:

«Mi antiguo amigo y apreciable general:

Ayer, al presentarnos usted en línea de batalla los tercios bascongados de su dignísimo mando á los varios paisanos que fuimos á felicitarle, admirados de la disciplina con que en tan corto tiempo ha sabido usted organizarlos, no menos que de su aspecto marcial y entusiasmo que todos manifestaban, mi corazón se enardeció con uno de esos sentimientos que no se explican mas que con hechos, y con todo el lleno de mi placer, ofrecí á usted un hospital en Sevilla, donde serían asistidos á mi costa y con todo esmero, todos los oficiales y soldados de tan distinguido cuerpo, que teniendo la gloria de combatir en África, experimentasen á la vez la desgracia de ser heridos.

Hoy, al despedirme de usted y demás amigos, tengo el gusto de repetirle lo mismo, rogándole encarecidamente dirija á aquella ciudad todos los que se hallen en semejante estado, haciéndoles saber que, aunque lejanos de su patria, no ha de faltarles aquí quien con solícito afán y ardiente caridad les atienda en su mayor angustia á fin de que nada echen de menos para el alivio de sus penalidades.

Reitero á usted mi más sincera felicitación con toda la consideración y afecto de su antiguo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

José María de Ibarra.»

Además, el Sr. Ibarra mereció por su rasgo de patriotismo que el diputado general de Guipúzcoa publicase la siguiente circular:

«El impresario que tengo la satisfacción de remitir á usted adjunto, le enterará de la orden general comunicada con fecha 20 del actual á la división bascongada del ejército de África por su digno jefe el Excelentísimo Sr. D. Carlos María de Latorre, dándole á conocer la admirable resolución adoptada por el distinguido bascongado D. José María de Ibarra, avecindado en Sevilla, de crear en aquella capital un hospital donde serán asistidos á expensas del mismo señor y con todo esmero, todos los oficiales y soldados de la anunciada división que, teniendo la gloria de combatir en África, experimenten á la vez la desgracia de ser heridos.

Este rasgo sublime de ardiente caridad y verdadero patriotismo, debe ser conocido por todos los guipuzcoanos para que admiren y bendigan al hombre benéfico, cuya generosa mano prepara tan tierna, tan santa acogida, y los hijos del suelo basco que derramen su sangre peleando en los campos de batalla por el honor y la gloria de la madre patria.

Y para que alcance la publicidad que merece, conviene que se sirva usted ponerlo en conocimiento de ese vecindario por todos los medios posibles, suplicando en mi nombre al señor cura párroco tenga á bien leer en la misa conventual á sus feligreses, así esta circular, como la orden general que acompaña.

Dios guarde á usted muchos años.

De mi diputación general en la M. N. y L. villa de Tolosa á 29 de Febrero de 1860.

El diputado general, *Marqués de Roca-Verde.*»

En su consecuencia, el Sr. Ibarra montó en breves días un verdadero y completo hospital, que constaba de cinco salas con 200 camas para la clase de tropa ó voluntarios bascos; otra sala con proporcionado número de camas para oficiales, y los cuartos y dependencias para las Hermanas de la Caridad y demás asistencias.

III

Desde Cádiz pasó al campamento el general Latorre, jefe de los tercios bascongados, para recibir órdenes del duque de Tetuán.

Le acompañaban 50 granaderos, y después de haber desembarcado, aquel marchaba á trote sobre su caballo, seguido al mismo paso por los ágiles granaderos.

Al verlos atravesar por el campamento los soldados del ejército, desde luego llamaron su atención el general y su escolta, y como esta hablara en bascuence, no supieron en los primeros instantes darse cuenta de donde procedían.

Un oficial del ejército que los oyó, y que debía ser bascongado, descubrió el origen.

En el acto los soldados empezaron á victorearles, y entre las aclamaciones de multitud de voces, llegaron á la estancia del general.

Concluída la misión del general Latorre, montó á caballo, tomó el trote, siguieron al mismo agitado paso los bascongados hasta el punto donde debían embarcarse, y volvieron los soldados del ejército á vitorear á los hijos de las montañas bascas que debían compartir con ellos dentro de breves días sus glorias y penalidades.

Determinada la traslación de los tercios á Tetuán, se embarcaron en San Fernando á bordo de los vapores *Torino*, *Cavour*, *Duero*, *Provence* y *Wifredo*, y como hemos dicho, desembarcaron el 28 en la Aduana de Tetuán, donde acamparon, quedando á su cargo las comunicaciones del mar con la plaza, y pasando á reforzar el campamento la división de reserva mandada por el general Mackenna, que era la que ocupaba aquel punto.

El general García presenció la llegada de uno de los tercios, y su música, al hacer los honores al jefe de Estado Mayor, tocó su favorito *mutila*.

El mismo día, y á la hora anunciada, se verificó la revista que el general en jefe debía pasar á los tercios bascongados.

Media hora antes se hizo en debida forma el relevo de las divisiones.

La de reserva formó por batallones en masa con la espalda á la Aduana, y á su frente, en igual disposición, se colocaron los cuatro tercios.

El cuerpo del general Makenna desfiló en columna por todo el frente de los bascongados, batiendo marcha sus respectivas bandas.

El general Latorre se colocó con su Estado Mayor en el intervalo del tercer y cuarto tercio durante el relevo y el desfile.

El aspecto que presentaban aquellas cuatro masas de hombres, en

general de elevada estatura, con boina encarnada y su traje nuevo, producía muy buen efecto.

De lejos parecía un vasto cuadrilongo de amapolas.

Los tercios tenían, excepto uno, su charanga.

El primero llevaba banderines azules, el segundo y tercero blancos, todos con las armas de su provincia y el número del tercio, y el cuarto tenía los suyos mitad encarnados y la otra mitad blancos.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora, se oyó que la división Mackenna hacía los honores al general en jefe, á quien encontraría en el camino.

Al poco rato el duque de Tetuán llegó á la altura del primer tercio, donde fué recibido por el general Latorre, y acto continuo, al toque de la marcha real, revistó á los cuatro tercios, dando la vuelta alrededor de cada uno de ellos y mirando detenidamente las compañías desde uno de sus flancos.

Concluida la revista, los bascongados desfilaron á cuatro de fondo por delante del general en jefe, quien dijo al general Latorre que sus soldados se fogueasen enseguida y tirasen al blanco.

IV

El día 7 de Marzo del mismo año se celebró en el campamento el acto solemne de la bendición y entrega de las banderas á los tercios bascongados.

A las doce en punto de la mañana, los tercios, formados á cuatro de fondo, se dirigieron á la llanura que se extiende enfrente de Tetuán, donde, en el centro de una tienda de campaña, se alzaba un pequeño altar destinado al objeto.

Las tropas, ocupando el frente en columna cerrada, se hallaban distribuidas del modo siguiente:

A la derecha del altar, los cuatro abanderados descansando sobre sus banderas que tenían cubiertas, y á sus espaldas una fuerza de granaderos en ala.

A la izquierda otros tantos hombres, y delante el general y demás jefes y oficiales franceses de servicio.

Al frente otra fuerza igual de granaderos cerrando el cuadro, á los cuales seguía toda la fuerza en el orden indicado.

Después se descubrieron las banderas y acto continuo se procedió á su bendición, y concluida la ceremonia que duró breves minutos, las banderas volvieron á las manos de sus poseedores, y entonces el capellán del segundo tercio les dirigió una sentida alocución.

Finalizada la misa, una mitad de cada tercio, con la música á la cabeza, pasó á recoger la bandera, hasta dejarla entre las filas en su lugar correspondiente.

Una vez en sus puestos todos, cada tercio emprendió su marcha en columna cerrada al sitio que se había destinado para hacerse las descargas de ordenanzas.

Puestos en orden de batalla y con el frente á la extensa planicie que se extiende hasta la cordillera de Sierra Bullones, se hicieron las salvas con bastante precisión y orden, pasándose en el acto á la jura de las respectivas banderas.

Al frente cada abanderado de su tercio, los segundos comandantes, alzando la voz, les dirigieron estas palabras:

«¿Jurais á Dios y prometeis á la reina seguir constantemente sus banderas hasta derramar la última gota de vuestra sangre y no abandonar al que os esté mandando en acción de guerra ó disposición para ella?»

A lo cual contestaron:

«Sí, juramos.»

Añadiendo los capellanes estas otras:

«En cumplimiento de mi ministerio, ruego á Dios que si así lo hiciereis, os lo premie, y si no, os lo demande.»

Con lo cual se dió por terminada la ceremonia, dirigiéndose la fuerza al campamento.

El mismo día, el general D. Carlos María de Latorre, comandante general de dichos tercios, dirigió á los voluntarios la siguiente alocución:

«Bascongados: Sobre el campo de batalla, en que el día 4 de Febrero el ejército nuestro hermano sostuvo heróicamente el pabellón español, y escudándoos desde el cielo los que entonces sucumbieron para vivir siempre en la memoria de la patria, habeis jurado vuestras banderas.

A su sombra están vuestra honra y el renombre de las provincias que os han enviado aquí á representarlas, y á que compartais vuestras fatigas y gloria con los que, más dichosos que nosotros, inauguraron la campaña.

Esta sola idea, y recomendaros la disciplina y unión en el combate, y que todos procuremos secundar y cumplir exactamente las órdenes de nuestro digno general en jefe, son los deberes que hoy os recuerda vuestro comandante general,

Carlos María de Latorre.»



EUSKERAZKO KONTUAK

II

Gizon aberatz bat zan izugarrizko kasketosua, iñungo langillek eziñ ziyon bere gustorik egiñ.

Beiñ joan zan arotz naguzi baten gana, eta ala diyo:

—Bigaldu zazu nere echera mutill bat lan batzubek egitera.

—Ongi da jauna, nere kontu.

Arotzak ziyon bere artean: len ere orren echera bigaldu ditutan langilleak, aserre jiratu izan dira denak..... ¿zein bigalduko ote det?

Langille askoren tartian zeukan baserritar kankallu bat, mutill gisarajo zendo zendua, lanian asi berriya, eta deiturik oni esan ziyon:

—Zu, Mañubel, artu zazu erreminentaren kucha, zuaz onlako echartara, eta arkituko zera jaun berdotz batekiñ, eta egin zazu ondo ark agintzen dizun guziya..... baita oya chiminitik zintzilik jartzeko agintzen badizu ere.

—Bai jauna, nere kontu; nik egingo det agintzen dubena.

Itz abek esanaz aldendu zan Mañubel, joan zan eche artara, eta gizon aberatz arren aurrean arkitu zanean, esan zuben:

—Egun on; emen naiz ni, ea zer lan egin bear dan.

—¿Zu altzera onlako tokitako arotz mutilla?

—Bai jauna, serbitzeko.

—¿Egingo dezu ondo nere esana?

—Ala uste det.

—Ongi da. ¿Bai aldezu iltze aundirik?

—Ikusi bitza kucha ontakuak.

Ikusi ta aundiyanetako bat arturik esan ziyon jaun arrek:

—Atoz nerekiiñ, eta esango dizut non sartu bear dezun.

Joan ziran sala-ra eta an zegon armayo espillu-dun eder, eder bat, eta erakutziyaz diyo mutillari:

—Espilluen erdi erdiyan nai nuke sartzia.

Beste edozeñek esango zuben: jauna eziñ liteke, autzi egingo da beriala; bañan gure mutillak iltzia espilluban jarriyaz, ala diyo:

—¿Emen, edo gorago nai du?

—Orchen, orchen.

Itz abek entzunakin batian, jotzen du malluaz entenga ura, eta.....

¡zapla! milla puzka egin zan espillua.

Nagusiya algaraz zoratzen ura ikusi zubenian esan ziyon azotzari.

—Tori bost pestako au zuretzat, zu zera gizona zu, ez det oraiñ arte zu bezelako langillerik arkitu. Echera joatian esan zayozu nagusiyari, zu bigaltzeko beti eche ontara lanera.

Lan lekura joan da kontatu zubenian gertaera au, ez ziran nola nai-kuak, nagusiyak egin zituben algarak.

JOSE ARTOLA.



COSAS DE GUIPÚZCOA

De los pueblos y ríos de nombres antiguos

Uno de los pueblos que los escritores de la antigüedad citan con alguna frecuencia, y se supone pertenecía al territorio actual de Guipúzcoa, es el que unos llamaron Easo, otros Ocaso, varios Olarso, algunos Olearso, y no faltan quienes Ocasona.

Su verdadera situación no se halla, sin embargo, determinada con toda la claridad y precisión deseadas; por lo que conviene hacerlo en lo posible, á fin de entender bien las historias de nuestra nación, y en particular la de este país.

Que esta llamada ciudad ó población pertenecía al trecho que tenían los bascones en territorio guipuzcoano; que estaba muy cerca del promontorio del mismo nombre; que tenía su asiento de Mediodía de este promontorio.

He aquí tres puntos ó marcas geográficas principales de que, al parecer, no se puede dudar en vista de los textos de los indicados escritores geógrafos, en cuyo estudio es preciso detenerse un poco.

Plinio, que describe la costa marítima de Oriente á Poniente, dice que desde el Pirineo, siguiendo por el mar Océano, está el salto de los bascones llamado Olarso, cuyas palabras se copiaron al tratar de la región de la Basconia.

El mismo escritor añade en otro lugar que la latitud desde Tarragona hasta la ribera de Olarso, es de 307.000 pasos: *latitudo à Tarragone ad litus Olarsonis CCCVII millia passum.*

Mela, que la recorre en sentido contrario, supone que después del río Deva, el denominado Magrada baña á las ciudades de Iturisa y Easo: *deinde Iturisam et Easonem Magrada.*

Ptolomeo dá también la denominación de Oeaso al pueblo que los bascones tenían cerca de las bocas del río Menasco y promontorio del propio nombre: *basconum Menlasci fluvii ostia, Oeaso civitas, Oeaso promontorium.*

El mismo geógrafo sitúa la embocadura de aquel río á los 15 grados de longitud; la ciudad Oeaso á los 15 grados, 6 minutos de longitud, y 45 grados, 6 minutos de latitud; el promontorio del mismo nombre á los 15 grados de longitud, y 45 grados, 50 minutos de latitud.

Quiere decir que, según Ptolomeo, la ciudad Oeaso distaba del río Menasco 6 minutos en el sentido de longitud, y del promontorio de la propia denominación, 44, hacia el Mediodía, y por consiguiente, conforme á su modo de expresarse, no se hallaba asentada en la costa marítima.

Por lo que hace al promontorio Oeaso ú Olarso, es indudable que corresponde al que hoy llamamos monte Jaizquibel, con su remate en el cabo de Higuer, punto sobre el cual apenas hay disputa, ni le ha habido en ningún tiempo, á lo menos que yo tenga noticia.

No obstante la conformidad de los expresados autores respecto de las marcas ya indicadas, se ve que entre Mela y Ptolomeo hay la notable diferencia de que aquél sitúa la ciudad Easo en las márgenes del río Magrada, y el segundo á las del Menasco.

Se hace por lo tanto indispensable tratar de averiguar cuáles eran estos dos antiguos ríos, porque de ellos se ha de deducir la situación de aquella ciudad.

Algunos historiadores, entre los cuales se hallan Villanueva, Moret, Henao y Oihenart, han querido resolver esta dificultad, diciendo que el Magrada de Mela es el mismo río llamado por Ptolomeo con el nombre de Menasco.

Respeto mucho la ilustración y modo de pensar de estos distinguidos autores; permítaseme que no me conforme con él, por no hallar para ello fundamento sólido en la Geografía, ni aún en la Historia.

Suponen ellos, en efecto, que el río Magrada corresponde al que en

el día es conocido con el nombre de Vidasoa, y creen también que la ciudad Easo, Oeaso ú Olarso, estuvo donde ahora se halla asentada Fuenterrabía, ó á lo menos en sus inmediaciones.

Hasta aquí estamos conformes, aunque bajo las aclaraciones que haré luego.

Pero al mismo tiempo soy de parecer que no se puede conciliar esto con la explicación que Ptolomeo hace acerca del río Menasco, para poder deducir que ambos ríos sean uno mismo con dos denominaciones distintas.

Quiero prescindir de la inverosimilitud de que un mismo río las tuviese en épocas tan próximas á las en que florecieron ambos escritores.

De todos modos, para convencerse de lo contrario, bastará en mi concepto poner una cierta atención sobre lo que dicen los propios escritores de Geografía, que es á lo que se dirigen las consideraciones que paso á exponer á continuación.

Mela supone que el río Magrada, reconocido por el Vidasoa, corre por el costado oriental de la ciudad denominada Easo; Ptolomeo, al contrario, dá á entender que esta población se hallaba oriental respecto del río Menasco, puesto que, recorriendo la costa de Occidente á Oriente, cita primero las bocas de éste, después la ciudad Oeaso, y por último, el promontorio de este mismo nombre.

Resulta por consiguiente con bastante claridad que el río Magrada citado por Mela no es el Menasco indicado por Ptolomeo, y que así la situación geográfica del primero no corresponde á la del segundo.

De aquí se deduce también cuán equivocada es la opinión de los que asientan á la expresada ciudad donde actualmente existe la de San Sebastián, como lo hizo el autor del artículo de este epígrafe en el *Diccionario-geográfico-histórico* de las provincias Bascongadas y Navarra, publicado por la Real Academia.

La primera consideración, en cuya virtud se hace inadmisible semejante concepto, es la situación geográfica de la antigua Easo, ó sea, Oeaso.

Según queda dicho, esta se hallaba á 15 grados, 6 minutos de longitud, y á los 45 grados, 6 minutos de latitud septentrional; siendo así que San Sebastián se halla á los 14 grados, 38 minutos, de la primera medida, y 43 grados, 19 minutos, de la segunda.

Otra de las razones es que el río llamado Menasco por Ptolomeo,

debía correr por el lado Occidental de la ciudad Oeaso, cuando es cosa sabida de todos que el Urumea baña á San Sebastián por el costado Oriental.

Por tercer argumento del presente caso ocurre la situación de la antigua Oeaso bajo otro sentido que el ya indicado poco há.

Ya se ha visto también que se hallaba internada respecto del promontorio del mismo nombre, hoy Jaizquibel, hacia el Mediodía, en distancia de 44 minutos, y de aquí resulta con toda claridad que no estaba situada en la misma costa marítima, como se halla la ciudad de San Sebastián.

Se querrá acaso reducir el río Menasco al que hoy llamamos Oria, con el fin de situar á esta población en la parte oriental de su curso, conciliando así la correspondencia de ella con la antigua Easo, ó sea; Oeaso.

Tal combinación, por más ingeniosa que pareciese á sus autores, carece enteramente de solidez.

Cae por tierra con sólo tener presente que el río Menasco no distaba de la indicada ciudad más que 6 minutos de longitud occidental, cuando consta á todos que desde el Oria á San Sebastián media una distancia mucho mayor, sobre que ni baña los muros de ésta.

Por lo que queda expresado se comprenderá cuán difícil es de todos modos la resolución satisfactoria de este asunto, en vista de lo diminutas y oscuras que nos han dejado los geógrafos de la antigüedad.

Esto no obstante, indicaré mi opinión sobre el particular, si bien con mucha desconfianza y ninguna presunción de su solidez ó seguridad.

Las antiguas poblaciones de esta provincia no estuvieron, en mi concepto, reunidas cual hoy día se hallan los pueblos principales que la componen con título de ciudades, villas, lugares, etc.

Ellas fueron más bien, en general, caseríos esparramados de labranza, y cuando más algunas barriadas de casas construidas acá y allá para la defensa común, conforme á las cortas necesidades de la vida de aquella época.

Cuando se leen, pues, citados en las obras de la antigüedad tales ó cuales pueblos, por más que se les titule ciudades, no debe creerse que fuesen precisamente un conjunto de casas ordenadas con sus correspondientes calles, plazas y las demás comodidades al estilo moderno.

Aún en el día existen en Guipúzcoa algunas villas que carecen de

estas circunstancias; villas de las que, si los escritores de aquel tiempo hubiesen tenido que hacer mención, probablemente las hubieran denominado ciudades.

Supuesto esto, hay lugar á creer que la titulada Easo, Oeaso ú Olarso no era propiamente un conjunto ó cuerpo de casas sito en un punto determinado, sino más bien la población que habitaba en cierto distrito.

La tierra ó valle denominado ahora de Oyárzun, se hallaba indudablemente en aquella alta antigüedad en este caso particular.

Consta que su término se extendía desde el río Vidasoa hasta la canal de Pasajes, y bajo este concepto, tanto la población que ocupase las márgenes del primero, como las del segundo, pudo muy bien llamarse Easo, Oeaso ú Olarso.

Así lo reconoce Florián de Ocampo en el libro I, capítulo II, de su *Crónica de España*, al hacer la descripción del territorio de este reino.

Consiguientemente, Mela pudo situar esta dicha ciudad, ó sea, la población de su nombre, donde se halla Fuenterrabía, bañada por el río Magrada; sin que esto se oponga para que Ptolomeo la asiente en las márgenes orientales del río Lezo y valle actual de Oyarzun.

Por medio del territorio de éste pasa, en efecto, el río Lezo, llamado por el lugar del mismo nombre, que antiguamente fué conocido con el de Lazon: río que al parecer corresponde al citado Menlasco, como lo indica su composición de Meu y Lascus.

En una palabra, yo conjeturo que si el Magrada y Menlasco son dos ríos diferentes, como creo, la ciudad Easo, citada por Mela, es Fuenterrabía, y la Oeaso de Ptolomeo, ú Olarso de Plinio, la comarca de Lezo, Rentería y Oyarzun.

Todos estos pueblos componían en lo antiguo la ciudad ó población de aquellos nombres, por más que con la alteración que causan los tiempos, ni Fuenterrabía, ni Rentería, ni Irún, ni Lezo, ni Pasajes, se conozcan en el día pertenecientes á su equivalente Oyarzun.

Parece que de esta manera se concilian todas las narraciones de los antiguos geógrafos, que figuran tan contradictorias entre sí.

Resulta, en efecto, la ciudad Easo bañada por el río Magrada, ó sea, el Vidasoa, por su costado oriental; el Menlasco, ó sea, el Lezo, situado al Occidente de aquella misma población titulada Oeaso ú Olarso; el promontorio del propio nombre á continuación de esta, caminando al Oriente.

Tales son las marcas geográficas reconocidas conformemente por los citados escritores, y se ve así su perfecta correspondencia con los textos referidos, sin que resulte una verdadera contradicción, como aparece á la primera vista.

Advierto, por último, que cuanto dejo manifestado precedentemente con respecto al río Magrada, es en el supuesto de que el texto de Mela, mencionado, sea exacto.

Pero este punto se halla muy controvertido por algunos geógrafos modernos, que suponen hallarse adulteradas las palabras anteriormente transcritas, entre los que se halla Cortés y López en su *Diccionario de la España antigua*, donde la palabra *Magrada* cambia en *acva*.

Si semejante interpretación fuese fundada, desaparecería la contradicción atribuida á los textos del mismo Mela y Ptolomeo, por no haber ningún otro escritor que aquel que hubiese hecho mención del río llamado Magrada.

Otro de los pueblos, sobre cuya situación se ha disputado también bastante entre los escritores, es el que los antiguos llamaron Iturisa.

Andrés Escoto y algunos otros le colocaron en Sangüesa: Gastaldo, Molecio y Marca, en Tolosa: D. Francisco de Gainza, en Irún: Fr. Gregorio de Argaiz, en Ituren: Oihenart, Moret y el *Diccionario-geográfico histórico* de estas provincias, en San Esteban de Lerín.

Que la ciudad Iturisa no corresponde á Sangüesa de Navarra, pareceme una cosa averiguada y que no admite disputa racional.

Según el itinerario del Emperador Antonino Pío, dicha ciudad estaba en el camino que desde Astorga se dirigía á Burdeos, entre Pamplona y la cumbre del Pirineo, y así parece rodeo muy grande y enteramente excusado, el paso por Sangüesa, para ir desde Pamplona á Burdeos.

Además, si Iturisa correspondiese á aquella ciudad, debería situarse la denominada Easo á las márgenes del río Aragón, que la baña, puesto que el Magrada pasaba al contacto de ambos pueblos, según dice Mela: *deinde Iturisam et Easonem Magrada attingit*.

No se encuentra semejante río entre Sangüesa y el monte Pirineo; luego es claro que aquella antigua ciudad no puede reducirse á esta última.

Por otra parte, es incuestionable que la ciudad Easo, Oeaso ú Olarso, se hallaba situada muy cerca de la costa del mar Océano Cántábrico, y cuando Mela dice que el Magrada tocaba á la misma y á Iturisa,

da á entender que esta última población no distaba mucho de aquella.

Sea, pues, que se fije la Easo en Fuenterrabía, en Irún, ó cerca de Lezo, de todos modos su distancia á Sangüesa es muy considerable para que se pueda reputarlos como pueblos cercanos.

Finalmente, según los mismos escritores, el promontorio Easo se hallaba muy próximo á la ciudad del mismo nombre, así que de la costa marítima, y no se encuentra en las inmediaciones de Sangüesa monte de las circunstancias que señalan estos geógrafos, en especial, Ptolomeo.

Ni por otra parte las aguas del río Aragón, que la baña, desaguan en dicha mar, sino que van al Mediterráneo.

La opinión de los que asientan á Iturisa en la villa de Tolosa, no parecé tampoco más fundada que la que la pone en Sangüesa.

Verdad es que aquella población se llamó por algunos Turisa, como resulta del itinerario ya citado del Emperador Antonino Pío, y que de esta manera tiene bastante analogía con el nombre de Tolosa.

Lo es también que el río Araxes se junta con el Oria á corta distancia del cuerpo de esta villa, cuyos muros riegan sus aguas, que van á desembocar en el mar Océano, cerca de la de Orio, supuesta Easo de Marca y de otros escritores.

Pero nada de esto puede satisfacer á quien no esté preocupado con un concepto formado de antemano.

Hállase, en efecto, que el mencionado itinerario señala á la población Iturisa á las veintidos millas desde Pamplona, siendo así que la villa de Tolosa se halla situada á unas treinta, que es bastante diferencia.

Se ve, por otra parte, que la distancia de esta villa, respecto del Pirineo, es mayor que la de las dieciocho millas que pone el mismo itinerario.

Además, es cosa constante que Iturisa era ciudad perteneciente á la región de los bascones, y la población ó territorio de Tolosa no fué de semejante comarca, sino de la de los várulos, según resulta de lo expuesto antes.

La fundación de la villa de Tolosa es, por otra parte, de época muy posterior á la de que me ocupo, y por más que existiese entonces en su contorno una población diseminada, nunca pudo ser de mucha importancia para que sirviese de mansión militar.

Por fin, sobre que hubiera sido bastante rodeo venir de Pamplona

á Tolosa para ir á Burdeos, y por un país tan quebrado, ningún vestigio se encuentra en éste de la existencia de camino militar romano, como los hay en Castilla, Alaba y Navarra.

El Doctor D. Francisco de Gainza, en la *Historia de Irún*, quiso probar que la antigua Iturisa correspondía á esta misma villa.

Para este efecto, se empeñó en hacer ver por medio de diferentes consideraciones y citas de textos de los escritores geógrafos, que las marcas señaladas por estos respecto de la situación de aquella ciudad, convenían perfectamente á la misma villa.

PABLO DE GOROSABEL.

(Se concluirá.)



ALEGRIA PRIMAVERAL

¡Oh! dulce primavera,
Bellísima hechicera,
Ya llegas tú gentil.
Ven, ninfa peregrina,
Porque tu faz divina
Derrama gracias mil.

¡Oh! llega, soñadora,
Que ya la linda aurora
Redobla su esplendor.
Alegre, rubia y bella,
Tú das, linda doncella,
Al bosque su color.

Celebre tu llegada
La selva perfumada
Con trinos sin cesar.
Y allá la blanca luna,
Risueña cual ninguna,
Duplique su brillar.

Cual canta decidido
Amores en su nido
El dulce ruiseñor,

Cantemos al presente
Con ánimo inconsciente
Sin ver el porvenir.

Despierta la Natura
Al sol de tu hermosura
De luz matutinal.
Saluda tu llegada
La rubia enamorada
Con voz angelical.

Salud ¡oh! primavera,
Celeste mensajera,
Vergel de inspiración.
¡Salud! con tus primores,
Brotando bellas flores,
Renazca mi ilusión.....!

MANUEL MUÑOA.



PROVINCIAS BASCONGADAS Y NABARRA

En los manuales de Geografía ó *Breves tratados de Esfera y Geografía universal* que allá por 1814 servían para probar la paciencia de nuestros respetables abuelos, á quienes suponemos en sus juveniles años tan poco dispuestos á esta clase de estudios, como fueron luego sus hijos y nietos, encontramos algunas noticias históricas que, á pesar de no ser mucha la distancia que de aquellos tiempos nos separa, tienen, sin embargo, para nosotros, cierto atractivo é interés.

Tratando de las provincias bascongadas, y después de señalar los confines correspondientes, leemos:

«El gobierno de estas tres provincias, es en todo diverso de las demás de España, gozan de muchos privilegios y fueros, cuidan por sí de la defensa de las plazas fuertes de aquella parte de España.»

No digamos que sea la palabra *privilegios* la que exprese con más exactitud el estado político de nuestra región en aquella época; pero aparte detalles de interpretación, hay que reconocer que nuestros abuelos se enteraban de noticias más agradables que las que han correspondido saber á sus nietos.

¡Y pensar que así y todo harían *piperrás* nuestros respetables abuelos!

Pero prosigamos con las noticias históricas:

«En Bizcaya y Guipúzcoa hay Corregidor, y en Alaba un Diputado general nombrado por la provincia, y todas tres tienen en Valladolid un juez de apelación, del que se apela á la misma Chancillería.

»Abundan de arboledas y bosques, y producen frutas y legumbres: sus mares les suministran buenos pescados.

»Con las uvas de cepa y emparrado hacen una especie de vino, que llaman chacolí, pero no tienen lo suficiente para su gasto (*zurruteros*) (?) como ni tampoco de granos, á pesar de la laboriosidad de sus habitantes (*muchas gracias.*)

»Cogen mucha manzana, de que hacen sidra; en sus pastos se cría mucho ganado vacuno; sus caminos están construidos con solidez, y sus posadas se distinguen por su limpieza y regalo.

»Las haciendas están bien repartidas, y el labrador tiene la casa en su misma hacienda ó próxima á ella.

»Los Bizcaynos y Guipuzcoanos, principalmente, se dedican á las herrerías, varias obras de cerrajería, calderas de cobre, vasijas de hierro, fusiles y fábricas de xarcias, etc., y los Alabeses á los texidos de lencería y mantelería, y á las de dulce de caxa, almívares, sombreros y zapatos.

»Los habitantes de estas provincias son robustos, alegres, afables, honrados, trabajadores y fieles, muy aplicados al comercio, y salen de entre ellos buenos marinos.»

Nada más que justicia.

* * *

Pasando luego á tratar de las poblaciones de Bizcaya, hace respecto á su industriosa capital en aquella época, la siguiente curiosa y pintoresca relación:

«*Bilbao.*—Villa muy bonita, con las calles á nivel, y sus edificios altos é iguales, y formados sus texados de suerte que quando llueve se puede andar por las calles sin mojarse, y el sol no ofende en tiempo de calor.....»

¡Sin mojarse! Y aun se quejarían nuestros respetables abuelos.... ni que fueran paragüeros.

«Tiene una hermosa plaza, en la que entra la ría, que es navegable y adonde poder subir barcos menores. Con sus aguas trabajan herrerías y molinos.

»Las calles de la villa son enlosadas de piedra, y por varios con-

ductos suben el agua de la ría á lo más alto de las calles, lá sueltan y limpian la villa cuando es menester, por lo que no hay pueblo más limpio.

»Tampoco permiten dentro de él andar coches ni otro carruaje.»

Tendría la exclusiva el coche de San Francisco.

«Su abundancia de comestibles, su aseo y limpieza, el comercio que hace en especial de extracción de lanas, sus hermosas casas de campo en los alrededores, sus leyes y costumbres, lo hacen un pueblo sumamente agradable.»

Como se ve no puede ser más lisonjera la relación que hace de la villa de Bilbao, y producirá íntima satisfacción á todo *chimbo* amante de su pueblo.

Entre los puertos situados en la costa de Bizcaya, cita á Berméo, Lequeitio y Portugalete, añadiendo respecto á este último pueblo que su vecindario se ocupa en la pesca y escabeche de besugos y sardinas.

Y continúa:

«En Somorrostro está la abundantísima mina de hierro de que saca el que quiere y lo conduce á lo interior.»

¡Arranpallo! se llama esta figura.

Por último, cita entre las poblaciones *considerables* á «Guernica, Durango, Balmaseda, villa antiquísima, y Orduña, ciudad situada en los confines de Castilla. Aquí y en Balmaseda están las aduanas en que se adeudan los derechos de las mercancías que salen para lo interior de España.»

Ahora tenemos aduanas en las narices de cada contribuyente.

* * *

Pasemos á Guipúzcoa.

No se extiende tanto como en la reseña de Bilbao al ocuparse de San Sebastián.

Se conoce que nuestra koškera ciudad no llamó la atención del autor, ni le sorprendieron las calles, ni las plazas, ni mucho menos aquella forma de los tejados que en Bilbao permitía andar por las calles sin mojarse.

En Donostia han debido mojarse en todo tiempo.

Por algo dice un industrial amigo mío con ribetes de filósofo:
—En San Sebastián el paraguas es tan antiguo como el hombre.
Y seguiremos mojándonos como en los mejores tiempos.
Es decir, como en los peores.

* * *

Volvamos á las *noticias históricas*:

«San Sebastián, ciudad muy principal, de las más comerciantes de Europa, situada á la falda de un monte coronado de un castillo; son obra magnífica sus muelles y el faro, cuya luz se distingue á nueve leguas.»

Y no dice más.

De las poblaciones *considerables* que contiene Guipúzcoa, hace la siguiente relación:

«Yrun, última población del reyno sobre el río Vidasoa, abundante en Salmones: Fuenterrabía, ciudad, puerto y plaza fuerte: Los Pasages, dos pueblecitos que tienen un puerto capaz y con buenas fortificaciones, por medio de las cuales pasa la ría de Oyarzun: Tolosa, tiene fábricas de espadas, bayonetas, etc.: Vergara, célebre por su Sociedad Económica Bascongada, su Seminario de educación y otros útiles establecimientos: Placencia, conocida por sus reales fábricas de armas de fuego: Mondragón por sus minas de hierro barnizado, y Oñate, cabeza de Condado, con un Seminario real y fábricas de hierro y acero.»

* * *

No puede ser más breve en lo que se refiere á Alaba:

«Vitoria es la principal ciudad situada en una hermosa llanura, con bastante comercio é industria en hierro, en dulces, confitura, las sillas de paja que llevan este nombre y artefactos de ebanistería. Salvatierra, Treviño y Berguenda, son también villas pertenecientes á esta provincia, pero que nada ofrecen peculiar.»

* * *

Con más extensión trata de Nabarra:

«Su terreno, aunque tiene bastantes montañas y sierras, no dexa de ser fértil, pues abunda en aceyte y vino afamado, cáñamo, lino, trigo, legumbres y frutas; su clima es muy sano y templado, y sus caminos públicos hermosos y cómodos.

»Ha producido mucho número de sujetos señalados por todas carreras.

»Entre ellos al Venerable é Ilustrísimo Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de la Puebla de los Angeles y después de Osma, célebre escritor.

»Pamplona, su capital, fué edificada por Pompeyo, Corte de los antiguos Reyes de Nabarra, con calles anchas y limpias, situada en una llanura circular rodeada de cerros.

»Fué restaurada de los Moros por el Rey D. Alfonso VII de León, año de 1130.

»Obispado y Universidad, plaza fuerte con una famosa ciudadela, construída por Felipe II.

»Tiene Virrey y Capitán General, Consejo Real, buenos edificios públicos y amenos paseos.

»Como ciudades notables figuran: Sangüesa, situada sobre el río Aragón, en buen piso y terreno saludable, aunque muy frío. Olite y Tafalla tienen un territorio muy fértil. A corta distancia se encuentra la villa de Peralta, famosa por sus vinos. Al poniente del reino se hallan las ciudades de Viana y Estella. Corella, situada sobre el río Alhama, que desagua en el Ebro, disfruta campos abundantes en yino, cáñamo, aceyte y otras producciones. Su industria principal consiste en alpargatas.

»Sobre el mismo río se halla la villa de Fitero, en cuyo término hay unos baños termales, á que concurre gran número de enfermos.

»Sobre un pequeño río llamado Queiles está la ciudad de Cascante, y en la confluencia de esta con el Ebro, la ciudad de Tudela, de fertilísima campiña y vinos afamados.

»A corta distancia de esta ciudad comienza el célebre *canal de Aragón*, no concluído aún, navegable, que corre ya 18 leguas y pasa por Zaragoza.

»Al septentrión de la Nabarra se encuentra el fragoso valle del Roncal, cubierto de nieve cinco meses al año, abundante en pastos, y con medianas cosechas de trigo, lino y cáñamo.

»El de Salazar, que coge exquisita pesca en el río de su nombre.

»El de Aizcoa, donde se hallan las fábricas de municiones de Orbaiceta, y Roncesvalles, en cuya hermosa llanura dió Carlo Magno la famosa batalla contra Alfonso el Cästo, año 809, en la que perecieron Roldán y los 12 pares de Francia.

»En sus últimos confines está el valle de Baztán.»

* * *

Y aquí terminamos las noticias históricas que nuestros respetables abuelos estudiaron, si les vino en gana, en los *Breves tratados de Esfera y Geografía universal*.

ERRI.



LIGA FORAL AUTONOMISTA



El domingo último celebróse en la villa de Oñate uno de los actos de propaganda organizado por la Liga Foral.

Notable por todos conceptos fué la oración sagrada que pronunció el R. P. Arrue.

D. Benigno Arrizabalaga dió una conferencia en correcto euskera que fué sumamente aplaudida, así como el Sr. Olazabal por su valiente y patriótica peroración.

En el próximo número daremos cuenta de dicho acto.



CONGRESO AGRICOLA REGIONAL

Las fiestas euskaras que este año deben celebrarse en Vergara, tendrán indudablemente excepcional importancia.

Aparte de las corporaciones, que intervienen otros años en la organización de estas fiestas, y cuya gestión no ha de desmerecer ciertamente en el actual, cuéntase con el valiosísimo concurso de una sociedad tan respetable y de tan felices iniciativas cual es la «Bascongada de Amigos del País».

No ha podido olvidar esta colectividad, que en la simpática y noble villa de Vergara, tuvo su origen la primitiva Real Sociedad, constituida allí por iniciativa del insigne conde de Peñaflorida, y aprovechando la oportunidad de las fiestas que deben celebrarse en aquella villa, se prepara á conmemorar dignamente aquel suceso.

El apoyo que para el esplendor de las fiestas supone la cooperación de esta Sociedad, es inútil encarecer, y buena prueba de lo acertado de sus gestiones tenemos en el projectado Congreso agrícola regional tan en carácter con la naturaleza y fines de las fiestas euskaras.

La respetabilidad de los distinguidos señores que constituyen la comisión designada para llevar á la práctica este pensamiento, es una garantía más del acierto que presidirá en todas sus resoluciones, y en cuanto á actividad buena prueba nos han dado con la siguiente circular cuya importancia excusamos encarecer:

«La Sociedad Bascongada de Amigos del País, considerando que las fiestas euskaras que la Excma. Diputación provincial de Guipúzcoa di-

pone anualmente con el objeto de fomentar la agricultura, ganadería é industrias rurales, corresponden por turno en este año á la villa de Vergara; que la celebración de estas fiestas en el solar nativo de la primitiva Real Sociedad, ofrece ocasión oportuna para conmemorar la creación de esta Sociedad, honrar y enaltecer la memoria de sus fundadores, coadyuvando al propio tiempo al mayor éxito y esplendor de unas fiestas que responden al mismo patriótico sentimiento que impulsó al conde de Peñaflorida y sus ilustres colaboradores; y que el homenaje más grato para los primitivos Amigos del País será aquel que asocie la hora y el enaltecimiento con un resultado práctico y provechoso, en armonía con los trabajos á que la repetida Sociedad consagró gran parte de sus fecundas iniciativas acordó en su última Junta general la celebración de un Concurso agrícola regional en Vergara, con ocasión de las fiestas euskaras que tendrán lugar en dicha villa en la segunda quincena del mes de Septiembre próximo.

No serán objeto de este Congreso las investigaciones científicas, propias de otros centros: se trata de vulgarizar los métodos más convenientes contrastados por la experiencia en países más adelantados, escoger, las soluciones adaptables á las condiciones del clima y del suelo bascogados, estudiar, en suma, los medios prácticos de aumentar la capacidad productora de la agricultura del país.

La cooperación rural, los seguros y créditos agrarios, los problemas todos relacionados con la asociación agrícola: las clases y métodos de cultivo, la elección de semillas, la rotación de cosechas, el empleo de máquinas y aperos de labranza y el de los abonos químicos; la ganadería, en los múltiples aspectos que se relacionan con la selección de razas, policía sanitaria, etc.; la producción forestal, en cuanto atañe á la repoblación de los montes y la acertada ordenación de los aprovechamientos, las diversas industrias rurales; las manufacturas, como instrumentos de la agricultura; los hechos económicos referentes á la distribución y el consumo; las leyes civiles en cuanto influyen directamente en la organización agrícola..... presentan un campo extenso á las deliberaciones del Congreso.

No tienen los suscriptos la pretensión de que los varios problemas que las materias enunciadas, no limitadas, entrañan, se diluciden y resuelvan en el Congreso proyectado. Su propósito es mucho más modesto; se contentan con ofrecer la demostración de que en el país existen suficientes personas capacitadas por su competencia y patriotismo

para trazar con su consejo el camino conducente al fomento de la riqueza agrícola y en unirlas en esta aspiración.

Aún para esto no confían en su propio esfuerzo, sino en la ayuda ajena que seguramente no les ha de faltar. Entienden que el Congreso, aún en el período de preparación ha de ser obra de los llamados á tomar parte en los trabajos, que son las que con más autoridad y conocimiento pueden proponer temas, y asesorar en la redacción del programa, reglamento y planes del Congreso.

Con la esperanza de que usted ha de prestar su valiosa colaboración, los suscriptos le ruegan se sirva remitir á esta comisión organizadora:

- 1.^º Temas que á su juicio deben incluirse en el cuestionario.
- 2.^º Ideas que deben tenerse en cuenta en la redacción del programa y reglamento.

Inútil es decir que teniendo el Congreso carácter regional pueden tomar parte en él los bascongados y nabarros, toda vez que en las tres provincias y parte de Navarra son semejantes las condiciones de la agricultura y deben serlo los medios que se propongan para su desarrollo.

Con este motivo se ofrecen de usted seguros servidores q. b. s. m., *Venceslao Orbea.—Paulino Caballero.—José Gaitán de Ayala.—Francisco de Egaña.—Carlos Uriarte.—Jorge de Satrústegui.—Luis Larrauri.*

NOTA.—Los temas y observaciones deben dirigirse en todo el mes de Abril á cualquiera de los que suscriben la presente ó á la «Comisión organizadora del Congreso Agrícola de Vergara», palacio de Bellas Artes, San Sebastián.»



JUANES DE LARRUMBIÉ

Sobre ser escasa en bascuence la producción literaria, se ha cuidado tan poco de hacerla notar y de darla á conocer á los amantes de las cosas euskaras, que apenas si tenemos noticia de muchos autores de mayor ó menor mérito, que, por afición á la lengua de Aitor, por aquel anhelo naturalísimo de expresar sus sentimientos en el habla que aprendieron á balbucir en la cuna, la cultivaron con cierto esmero, y procuraron adornarla con las galas y preseas de la belleza artística.

La bibliografía bascongada es en esta parte, asaz deficiente, y no en verdad por falta de decisión y de esfuerzos de quienes han tratado de esclarecerla, sino por las dificultades que presenta de suyo esta labor, árdua y enojosa siempre, y por lo rarísimo de los ejemplares de las obras que se imprimieron, allá hace dos ó tres centurias, y que hoy por singular caso aparecen en el comercio de libros.

Se requiere larga serie de trabajos colectivos bien encaminados para ir esclareciendo estas sombras, y completando las deficiencias que se notan en esa rama de los estudios bascos. Cada lector ilustrado é inteligente, cada colecciónista de libros raros ó de ediciones agotadas puede aportar un dato que, por insignificante que parezca, no puede menos de contribuir á que salgan de la obscuridad en que yacen, nombres que permanecieron ocultos bajo el más denso olvido, y que, sin embargo, son dignos de que se les recuerde con aplauso, siquiera no sea más que por el noble afán con que emplearon sus dotes en valerse de la lengua que habían libado con la leche materna, para dar forma á los sentimientos que anidaban en lo más íntimo de su corazón, y á los

pensamientos que iluminaban su cerebro. Se nos dirá que muchas de estas composiciones olvidadas son raras porque merecen serlo, porque no se distinguen por ninguna cualidad sobresaliente, ni tienen derecho á ser incluidas entre las que han causado las delicias de la humanidad; pero ha de tenerse presente que aquí no se trata de ponderar la belleza absoluta de tales trabajos, si no su mérito relativo, y ha de considerarse también que toda obra de iniciación, todo ensayo que se escriba en los albores de una literatura, cuando se está destrozando la senda por donde han de caminar los venideros en dirección á la cumbre radiante y espléndida de la inmortalidad reservada á los privilegiados del arte, debe mirarse y examinarse con atención especial, por ser, en cierta manera, como el germen de las excelencias y de los defectos que habrán de notarse en las producciones que vengan después. No puede medirse con el mismo rasero á Gonzalo de Berceo y á Fray Luis de León, ni aplicar al examen de las admirables efusiones líricas de este soberano poeta el criterio que aplicamos á los rudos esbozos del clérigo riojano, que son como vagidos de una literatura que empieza á soltar los andadores y á marchar por su propia cuenta, con el embarazo consiguiente á quien no está acostumbrado á caminar con entera libertad, sin tutela constante y sin vigilancia perpetua que coarta sus movimientos.

Se nos ocurren estas consideraciones á propósito de un autor guipuzcoano cuyo nombre ha pasado casi de todo punto inadvertido á la mayoría de nuestros investigadores. Llamábase Juanes de Larrumbide, y por más que el Dr. López Martínez de Isasti, en su *Compendio histórico de Guipúzcoa*, le incluye, al parecer, entre los hijos de Oyarzun, otro *Compendio guipuzcoano*, inédito en la Real Academia de la Historia, y que el erudito Vargas Ponce supone escrito en 1686, le tiene por hijo de Larraul, en donde se conservaba y se conserva todavía la casa Larrumbide la armada, de la cual procedía aquel «famoso organista, excelente, agudo, contemporáneo y sentencioso poeta en bascuence, que en verso compuso muchos cantares á lo divino y humano, y comedias de historias sagradas con particular ingenio.»

¿Qué comedias de historias sagradas pudieron ser éstas á que aquí alude el anónimo autor del *Compendio guipuzcoano*? Isasi nos da algunas noticias más circunstanciadas respecto á este particular, y nos dice que este «organista, famoso por sus habilidades, fué vecino de Oyarzun, á donde vivió muchos años. Fué gran poeta de bascuence,

que compuso muchas comedias á lo divino, la del sacrificio de Abraham, de Job, de Judith, la Josefina y otras, que se representaron con grande fiesta, y con particular ingenio que este hombre tenía: y compuso muchas prosas, canciones é historias en verso, y fué maestro de cantoría que enseñó á muchos.»

Estas comedias á lo divino de que habla Isasti serán semejantes á las tan famosas pastorales suletinas, y se representarían como ellas al aire libre.

Una de las de Larrumbide trata de desarrollar el mismo asunto que una de las que aún se conservan en el condado de la Soule: el episodio bíblico de Judith; y no será aventurado suponer que en la manera de interpretarlo dramáticamente habría también entre una y otra obra no poca identidad. (1) Y por lo que hace á la *Josefina* ¿sería traducción ó arreglo, más ó menos libre, de la tragedia que con el mismo título escribió en castellano Miguel de Carvajal en la primera mitad del siglo XVI, y en que desenvolvió á la manera clásica la historia de José y de sus hermanos? La coincidencia del título induce á creer en esa traducción ó arreglo, máxime si se tiene en cuenta que Miguel de Carvajal recogió la herencia literaria de Juan del Enzina, y éste, en su doble cualidad de poeta y de músico, debía de ser extremadamente simpático á Larrumbide.

El cual no fué hombre docto, ni versado en disciplinas literarias. Él mismo decía que había «estado desnudo de buenos aderezos,» y preguntaba qué podía «escribir el que continuo anda con la azada en la mano.» Esta última indicación nos hace presumir que el bueno de Larrumbide alternaba el ejercicio de su profesión de organista con la práctica de la agricultura en aquel plácido y encantado valle de Oyarzun, tan propicio para estas labores.

La ciudad de San Sebastián, mejor dicho la villa de San Sebastián, puesto que no fué ciudad hasta el reinado de Felipe IV, pidió á Larrumbide que le mandára las inscripciones que se habían de colocar en el catafalco que se levantara para las exequias dispuestas en sufragio del alma de Felipe II. El organista de Oyarzun anduvo algo remiso en el cumplimiento del encargo que se le confirió, no por desatención al respetable Cuerpo que solicitó su ayuda, ni por falta de deseo de ser-

(1) Véase el magistral estudio que acerca de *Las pastorales vascas* incluyó el docto escritor inglés Mr. Wentworth Webster en su precioso libro *Les loisirs d'un étranger au Pays Basque* Chalon-sur-Saône-1901.

virle, sino por loable humildad, por la desconfianza que tenía de su rústico ingenio, y por la esperanza de que otro menos inhábil redactase más diestramente los rótulos que habían de figurar en las honras fúnebres que se iban á celebrar por el Rey difunto. Sin embargo, para que no le tacharan de descortés, envió trece piezas; «pero suplicando mucho si están ya proveídos, no salga á la vergüenza mi poca suficiencia, porque el que ignora los principios toda arte ignora.»

Entre esas trece piezas que mandó Larrumbide iba «una en bascuence, por no hacer agravio de que se enmudezca nuestra lengua.» No hemos podido dar con esta composición, ni en parte alguna hemos encontrado mención de ella, fuera de la carta de donde hemos tomado estas noticias, y cuya copia, no del todo exacta por cierto, se conserva en la colección Vargas Ponce, de la Real Academia de la Historia (1). De esa carta, escrita á 7 de Noviembre de 1598, y no de 1538, como con error evidente se dice en la copia á que nos hemos referido, se deduce que Larrumbide era ya para aquella sazón hombre bastante entrado en años, puesto que tenía, cuando menos, una hija casada, y su yerno Pedro de Uribe (2) era el encargado de recoger las composiciones que el famoso organista de Oyarzún remitió para las exequias de Felipe II, en el caso de que no sirviesen para el objeto á que se las destinaba.

Quizás no sea difícil averiguar la fecha exacta en que pasó á mejor vida el olvidado hijo de la casa de Larrumbide, la armera de Larraul, teniendo en cuenta que, como ya hemos advertido, vivía todavía en 1598, y era ya finado cuando Lope Martínez de Isasti escribió en 1625 su *Compendio historial de Guipúzcoa*.

Menos fácil nos parece que será dar con ninguna de las composiciones que escribió en bascuence el autor á quien consagramos el presente artículo. Acaso llegarán á ser populares: acaso las oigamos todavía recitar y cantar en nuestras montañas como fruto de la musa anónima y colectiva; pero por eso mismo se hará más difícil restituirlas al ingenio modesto que las produjo. Nos inclinamos á creer que su valor litera-

(1) La incluyó el ilustre historiador D. Cesáreo Fernández Duro en el segundo apéndice de la *Correspondencia epistolar de D. José de Vargas y Ponce y otros en materias de arte*, que publicó la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Madrid, 1900.

(2) Así suponemos que debía llamarse, y no *Uriche*, como aparece en la copia, cuyos defectos hemos hecho notar ya.

rio, no obstante los elogios de Lope Martínez de Isasti y del otro *Compendio guipuzcoano* de que hablamos más arriba, sería escaso; pero esto no disminuye su importancia como documentos históricos que sirven para estudiar el desenvolvimiento de las letras bascas.

Como Larrumbide fué, á un tiempo, poeta y músico, es indudable que sus canciones, desprovistas del hechizo de la música, perderían casi todo su encanto. A ellas cabría aplicar, sin duda, una frase felicísima que un gran *folklorista*, un ilustre erudito, dotado de admirable intuición para penetrar las bellezas del arte impersonal y colectivo, aplicaba á los romances catalanes que reunió aquel venerable varón con tanto amor como inteligencia. «El romance divorciado de su tonada — decía en su *Romancero popular* D. Mariano Aguiló, que es el literato á quien aludimos — pierde más que el árbol cuando se le cae la hoja, más que la rosa cuando se queda sin perfume. Quien haya oido esos cantos en plena vida, cerca de las arboledas en donde trinan los ruiseñores, al encontrarlos recogidos en un volumen, recuerda los armarios de los museos ornitológicos, llenos de pájaros vistosos, que en gallardas posturas muestran sus plumas irisadas; pero que por muy lindos que sean, son mudos, no cantan (1).

No será temerario sospechar que idéntico efecto producirán las canciones de Larrumbide, impresas en el papel, privadas de aquel fluir del sentimiento que les prestaba el embe'eso de la música, la cual, con su dulzura ó con su energía, infundiría alma poética y luz de belleza ideal aún á aquello que sin el poder misterioso de ese hechizo, parecería, y sería en realidad, prosa lánguida y desmayada, sin rasgo alguno pintoresco, ni vaguedad de ensueño que se cierne en las alturas un tanto caprichosas y fantásticas, pero siempre gratas al corazón, del rapto lírico.

CARMELO DE ECHEGARAY.

(1) *Romancer popular de la terra catalana recullit y ordenat per En Aguiló y Fuster.*



CRÓNICA BASCONGADA⁽¹⁾

La Historia de Bizcaya, del Doctor Labayru

«Dejemos á las hojas diarias que llenen sus columnas con la relación de incidentes y episodios de la lucha electoral, á propósito para encender los ánimos y enardecer las pasiones de las gentes.

Dejémoslas que examinen las excelencias y defectos de cada candidato y las probabilidades con que cuenta para lograr el apetecido triunfo, aún á costa de no pequeños sacrificios y de poner más de una vez en dura prueba el amor propio.

Y abandonando ese campo en que el tumulto de la pelea aturde los oídos y ciega los ojos con el estruendo que produce y la polvareda que

(1) Por referirse á una obra de muy grande importancia, y por no haber visto la luz más que en una publicación barcelonesa que dejó ya de existir, y nunca logró ser muy conocida en este país, hemos creído deber reproducir el presente artículo que fué escrito para la Revista *Hispania*, á pesar de nuestro propósito de no dar cabida, á ser posible, más que á trabajos originales.

levanta, hablemos de cosas más serenas y más nobles, y ¿por qué no decirlo? á la larga de no menos transcendencia para el país.

Porque no cabe negarlo: pasarán las elecciones, se amortiguará la agitación intensa que originan, se irá olvidando hasta su recuerdo cuando fenezcan las Cortes que ahora van á ser elegidas, y la vertiginosa rapidez con que aquí se suceden los cambios de Gobierno y se verifican las transformaciones políticas, hará encerrar en el panteón del olvido cosas que ahora nos parecen, ó parecen á muchos, de capitalísima importancia; pero lo que se trabaje en pro de la cultura, los descubrimientos que se efectuen, las nuevas y fecundas direcciones que se marquen á las letras y las artes, las averiguaciones felices que se consigan en el campo de los estudios históricos, cuanto, en suma, contribuya á ensanchar y elevar la vida del espíritu y á satisfacer la sed de lo ideal que aqueja á las almas nobles á quienes no bastan las ruines y mezquinas vulgaridades de la vida, todo eso con deslizarse ahora inadvertidamente y sin ruído, ni ostentación alguna, logrará en las páginas del gran libro de los tiempos aquella inmortalidad que alcanzan los hechos dignos de esculpirse en los mármoles y bronces de la historia.

Los periódicos de *información*, para valernos de la frase sancionada por el uso, apenas si tienen tiempo más que para examinar, cada cual desde su particular punto de vista, la agitación electoral en que, casi sin intermitencias, vivimos desde hace dos meses en el país basco; y por eso, sin duda, no han podido dedicar el espacio y la atención que esas luchas electorales les absorben, á poner en su punto la importancia de una obra como la que realiza el erudito cronista honorario de este Señorio, Doctor D. Estanislao Jaime de Labayru, al dar cima á su *Historia general de Bizcaya*, cuyo sexto y último volumen se ha publicado recientemente.

Por más que esté desterrado del uso vulgar y cuotidiano, y en la prensa de nuestros días no aparezca sino rara vez, no podemos menos de estampar aquí el calificativo de formidable que se nos viene á los puntos de la pluma al tratar de la *Historia* del Sr. Labayru.

Lo es, ciertamente, no sólo por su extensión (seis volúmenes en folio de más de 800 páginas cada uno), sino por la labor que representa, por el esfuerzo hercúleo que supone en un hombre que, sin desatender los deberes de su ministerio sacerdotal, ha logrado acopiar, mediante investigaciones pacientes y bien encaminadas, aquella suma inmensa de datos, muchos de ellos desconocidos antes de ahora, pasarlos por el